

MARIA CARME ROCA

La Reina de Guiza

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale

Ilustraciones de Laura Borràs Dalmau



EDICIONES
INVISIBLES

La Reina de Guiza

Recién levantada, Yasmín se dirigió a la ventana que daba a la calle. Se asomó y, en seguida, olió un aroma dulce de fruta, flores y especias que se mezclaba con olor a madera y hedor a gasolina.

Desde el primer piso, la niña observaba el exterior, que se preparaba para un día de trabajo. Al cabo de poco, todas las tiendas estarían abiertas. La suya, también. Como cada mañana, La Reina de Guiza abriría puntualmente sus puertas al público.

Su tienda —mejor dicho, la de su familia— era un bazar de *souvenirs* que hacía años que había montado su padre, a pie de calle, justo debajo del piso donde vivían.

Yasmín aún tenía sueño, pero se apresuró a lavarse y vestirse. Ya no tenía que ir a la escuela, porque era verano y estaba de vacaciones, pero debía ayudar en la tienda. Y aquella mañana se había levantado con el firme propósito de hablar con Ibrahim de un asunto importante. Ibrahim era su hermano mayor y dirigía el establecimiento. Y como esto le urgía mucho decidió que no desayunaría. Pero la abuela Marien la detuvo en el pasillo.

—¿Ya te has levantado, Yasmín? Así me gusta... Venga, pasa a la cocina que ya tengo listo el desayuno.

No era necesario que le preguntara qué le había preparado, porque ya lo sabía. La abuela Marien le hacía siempre lo mismo, un *ful*, un bocadillo de habas que no le gustaba nada. Pero la abuela aseguraba que alimentaba mucho y que no había nada mejor para empezar el día. Y de ahí no la sacaba nadie.

Yasmín abrió el panecillo y miró dentro. Tal como sospechaba, eran habas.

Se esforzaba por acabarlo lo antes posible, pero solo conseguía hacer una bola que pasaba de un lado a otro de la boca. Como quería ir deprisa, se la tragó con unos buenos sorbos de leche. Pronto notó la tripa llena y pensó que su estómago era como una hormigonera trabajando el cemento.

Bastet, su gata, la miraba fijamente, apoyada sobre las patas de atrás. De vez en cuando, maullaba reclamando su atención. Como cada día, la esperaba para entrar juntas en La Reina de Guiza.

—Tú sí que estás de suerte, no tienes que comer habas —le soltó Yasmín.

Pero la gata bostezaba, aburrida.

—Vamos, Bastet, ya podemos irnos —dijo la niña cuando acabó de masticar el último bocado.

—Aún no, Yasmín —le avisó la abuela—; no puedes bajar con ese pelo...

—Oh, abuela, no... —se quejó.

«No sabes la suerte que tienes, Bastet, de que nadie te peine», refunfuñó entre dientes.



Sin hacer ningún caso de las quejas de su nieta, la abuela Marien comenzó a peinarla. Distribuyó el pelo en dos mitades y con mano firme y diestra le hizo dos trenzas. Cuando las tuvo atadas, le dijo que se mirara al espejo.

—Ahora sí que das gusto, bien peinada.

Yasmín contemplaba su rostro, moreno, de piel fina, enmarcado por el pelo trenzado, liso y abundante. A ella le gustaba llevarlo suelto, pero la abuela decía que parecía poco arreglada.

—Cada día te pareces más a tu madre —dijo la abuela con los ojos húmedos.

La madre de Yasmín, Laila, había muerto cuando ella era pequeña. ¡Pero la tenía tan presente! Quizás era porque la abuela siempre hablaba de ella y había bastantes fotos suyas por toda la casa.

Su padre, desde que ella había muerto, ya no había querido ocuparse de la tienda. Había levantado el comercio con ilusión, porque quería ofrecer una vida mejor a Laila, su reina. De hecho, la tienda se llamaba así por ella. Pero Laila no vivió bastante para disfrutarlo. Al cabo de un tiempo, su padre dejó el bazar en manos de su hijo mayor y se puso a trabajar en un barco turístico que surcaba las aguas del Nilo. Por eso, veía poco a su padre, que a menudo estaba fuera. En realidad, quien le hacía de padre era Ibrahim, quince años mayor que ella.

Yasmín tenía nueve años y era la más pequeña de una familia formada por la abuela Marien, su padre —que también se llamaba Ibrahim—, su hermano Ibrahim y otros dos hermanos, Mohamed y Hassan. A Yasmín le habría gustado que sus hermanos fueran más jóvenes para poder jugar con ellos, pero Hassan, que era el más pequeño de los chicos, ya había cumplido veinte. Y no tenían tiempo para jugar. Tenían que trabajar, decían. Y ella sabía que era así y lo entendía. Por eso Yasmín se había buscado otra familia. Y esta sí que jugaba con ella.